



ESCRITOS Y DOCUMENTOS SOBRE ELCANO: RELATOS FANTÁSTICOS Y LA CRUDA REALIDAD

WRITINGS AND DOCUMENTS ABOUT ELCANO: FANTASTIC STORIES AND THE HARSH REALITY

Alfredo Alvar Ezquerra*

Cómo citar este artículo/Citation: Alvar Ezquerra, A. (2021). Escritos y documentos sobre Elcano: relatos fantásticos y la cruda realidad. *XXIV Coloquio de Historia Canario-Americana (2020)*, XXIV-005. <http://coloquioscanariasamerica.casadecolon.com/index.php/CHCA/article/view/10619>

Resumen: En este texto el autor somete a crítica cultural los escritos literarios más famosos de la expedición para insistir en la necesidad de que se lean desde la perspectiva del siglo XVI y no desde la del siglo XXI.

Palabras clave: Gómez Ortega, Pigafetta, Transilvano, Magallanes, Elcano, Navarrete, Sanz Barrutell, Vargas Ponce, documentos de la circunnavegación.

Abstract: In this paper, the author submits the expedition's most famous literary writings to cultural criticism to insist on the need for them to be read from the perspective of the 16th century and not from that of the 21st century.

Keywords: Gómez Ortega, Pigafetta, Transilvano, Magallanes, Elcano, Navarrete, Sanz Barrutell, Vargas Ponce, documents of the circumnavigation.

El miércoles 28 de noviembre desembocamos del estrecho para entrar en el gran mar, al que en seguida llamamos mar Pacífico, en el cual navegamos durante tres meses y veinte días sin probar ningún alimento fresco.
Antonio Pigafetta.

Así que hoy hace 500 años y dos días que se dobló el Estrecho.

Hace un tiempo, en 2015, doña Helena Revoredo me hizo el honor de invitarme a escribir una biografía de Juan Sebastián Elcano, que sirviera como obsequio institucional de su empresa, Prosegur.

La verdad es que, puesto ante la pantalla del ordenador, que antaño habría dicho «puesto ante una pila de hojas en blanco», digo, que ante la pantalla del ordenador no sabía cómo empezar porque era tanto lo escrito sobre Elcano y su primera circunnavegación, que no sabía qué hacer.

Y entonces tuve la fortuna de que algún bienintencionado soplo me hizo ver que bien le

* Profesor de Investigación, Centro de Ciencias Humanas y Sociales. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid. España. Correo electrónico: alfredoalvar@yahoo.es



podría ofrecer un texto a mi mecenas hasta entonces inédito y manuscrito compuesto por un tal Lorenzo de Buenaventura y que trataba sobre la gloriosa hazaña de Juan Sebastián.

Sólo así, refundiendo noticias de acá y de allá, y pasándolas por el tamiz de la imaginación creada del navegante imaginado Lorenzo de Buenaventura, podría salir del paso.

En efecto, ni Lorenzo de Buenaventura existió, ni su manuscrito del que preparaba en esos momentos una transcripción para su edición.

Pero fue cómo, la tal ficción, me ayudó a salir del paso y pude arrancar para salir del trance. Como hoy, que recordando aquella mano que me echó Lorenzo de Buenaventura entonces, acaso pueda salir de esta tormenta, ayudado por él y por San Telmo, y por Santa Bárbara y todos los santos, porque me superan la responsabilidad y el agradecimiento que me han hecho al invitarme a dar esta Conferencia general.

Efectivamente: si un texto, y más aún una alocución, empiezan mal, difícilmente se puede enderezar el rumbo. Lo suyo será estrellarse contra los arrecifes.

Así es que he de confesarles, si les interesa la confesión, que tal fue la huella que dejó en mí lo que entonces me atreví a escribir (y a reeditar recuperados los derechos gracias a la generosidad de mi mecenas) que volví mis ojos hacia la proeza de Elcano y más aún hacia alguna de las huellas que dejó.

Lo que ocurrió inmediatamente después de 1522, con la reunión de Badajoz, o la venta del Maluco a Portugal, fueron dos actos más propios de los tiempos anteriores a la circunnavegación del Globo, que actos de futuro. Con la venta se ponía punto y final a la posible presencia castellana en aquellas tierras y se entregaba el dominio a Portugal. Así sigue viéndose en la cantidad de bienes de consumo que, procedentes de aquella parte del Planeta se irradian por Europa desde Lisboa.

Sin embargo, abandonada aquella parte del planeta, Castilla supo aprovechar la oportunidad que le daban los tiempos, el derecho internacional y la perspicacia de Juan de Urdaneta: aprovechando la corriente del Kuro-siwo podría traficar desde Manila a Acapulco, y desde las costas del Caribe mejicano, hacia La Habana y de allí, con la Corriente del Golfo, regresar hacia Sevilla. Dicho sea de paso que a mí me parece el poder atinar una y otra vez, me parece cosa casi del diablo más que de la ciencia náutica. Pero como no es cosa del diablo habrá que concluir que aquellos navegantes y todo el sistema administrativo que había detrás eran excelentes.

Dicho sea de paso, que la situación estratégica de estas islas Canarias sirvió para que el español de Canarias, con la norma lingüística sevillana se expandiera por medio mundo y sea lo que se habla hoy desde la Luisiana de los canarios hasta Ushuaya y que gracias a esa posición estratégica todo, todo, se apoyara en el poder aguar y carenar, completar los bastimentos por aquí: la Península debe su subsistencia atlántica a las islas Canarias.

Por otro lado, a mi modo de entender son tres tipos de informaciones con las que nos vamos a encontrar a la hora de aprender y saber sobre esta expedición, o sobre otros acontecimientos históricos. En primer lugar, hay unos documentos subjetivos, de creación (a veces literaria) que pueden ser de dos tipos, directos, esto es, redactados por el propio testigo de los acontecimientos, o indirectos, redactados por un tercero que ha buscado y escuchado atentamente las noticias que le interesaban. En segundo lugar, los documentos procedentes de interrogatorios judiciales, tanto en procesos judiciales, como en peticiones de parte para entregar informaciones a los jueces que van a estudiar si se incoa un proceso. En tercer lugar, tenemos todos los documentos de carácter administrativo que nacen alrededor –en este caso– de la constitución de una Armada, nombramientos, órdenes, registros y demás.

Cuentan los historiadores, y lo contó en su diario Lorenzo de Buenaventura, que el 6 de septiembre de 1522 la nao Victoria llegó a la Bahía de Sanlúcar y que dos días después, ya en

el muelle de Sevilla, desmontaron la artillería y comenzó la descarga del barco. Con el clavo, pagaron a Cristóbal de Haro lo que se le debía de haber financiado la expedición.

Tengo entendido que la primera edición de ese documento fue en 1920 por Toribio Medina. De ser así, hasta principios del siglo XX no tendríamos certera noticia de qué es lo que se descargó de la Victoria al llegar a Sevilla, o en qué cantidades. Y aún así, las imprecisiones de los escribientes que registraron la desestiba deja todo en el aire, menos que vaciaban clavo y que en una caja había unos enseres de un tal...: «Otra caxa liada con una hamaca encima, que diz que va con su ropa e otras cosas, ques de Antonio de Plegafetes».

El documento en sí es muy interesante. Forma parte de esa legión de unos 320 documentos sobre todo administrativos que se han ido publicando desde 1837 en adelante, si bien muchos de ellos ya se conocían desde 1791.

Y además de estos documentos administrativos, nacieron a bordo de la Victoria otros documentos subjetivos, los diarios de abordaje, las derrotas.

Efectivamente, la historia de los hallazgos de los documentos de la expedición Magallanes-Elcano, que tuvo como culminación la circunnavegación de la Tierra por Elcano, es apasionante.

Hay algunos hitos que me parece que se pueden exponer, porque son muy singulares. Vamos a hablar de nacionalismo en tiempos de la Ilustración, porque efectivamente, aun antes de la capciosa pregunta de Masson de Morvilliers en la Enciclopedia Metódica, en la que se inquiría sobre la aportación de la cultura española a Occidente y llegaba a la sesuda conclusión de que no había hecho nada por ella, digo que aun antes de esa diatriba de 1782 había habido una suerte de patriotismo intelectual, que se iba satisfaciendo de diversas maneras. Para empezar, sin duda alguna, buscando los restos documentales de los héroes nacionales. Singularmente, se buscó con ahínco documentación sobre Cervantes, pero también sobre Elcano y sobre Colón. Casualmente, curiosamente, aún más, epistemológicamente, fueron los mismos protagonistas los que buscaron unos documentos y otros.

Vayamos a ello.

En 1769 un botánico de primera línea, que fue el que introdujo a Linneo en España, y el promotor en última instancia del Real Jardín Botánico, Casimiro Gómez Ortega, publicó el *Viage del comandante Byron alrededor del mundo*, traducido del inglés. La segunda edición, de finales de año, llevaba incluido un «resumen histórico del viaje emprendido por Magallanes y concluido por el capitán español Juan Sebastián del Cano».

Uno de los propósitos de esta obra era el de incluir «una relación, la más circunstanciada y puntual entre cuantas se han publicado hasta ahora sobre la existencia de los *Gigantes* que habitan en la costa comúnmente llamada de los *Patagones*». Noticia de estos gigantes dio por extenso lord Byron y eso le interesó a Gómez Ortega porque sabía que los habían citado en la Antigüedad que «los admite», así como «la Sagrada Escritura los menciona, los historiadores profanos tratan de ellos; convienen asimismo uniformemente en su existencia casi todos los navegantes que han atravesado el Estrecho de Magallanes» y, en fin, «últimamente es innegable que en varias ocasiones se han presentado en las Cortes y ciudades populosas de Europa hombres de una talla portentosa». Pero al mismo tiempo, resulta que hay autores que negaban todas esas evidencias, y aún más. Por ello, Gómez Ortega ofreció cuidada bibliografía para que el lector interesado profundizara en el asunto y despejara las dudas. En apoyo de la cautela de cómo se debería tratar lo de los patagones o la «casta de gigantes», contaba el chasco de los huesos homínidos, monstruosamente grandes, que apoyaban todas las teorías patagónicas, hasta que se convino que, en efecto, era huesos monumentales..., de elefante.

En segundo lugar quería don Casimiro desdecir todas las falsas afirmaciones del traductor al francés del viaje de lord Byron.

En tercer lugar, confeccionar un mapa del Estrecho de Magallanes, que resultó ser extraordinario.

En cuarto lugar, poner cierto orden en la correcta traducción de los términos zoológicos y botánicos.

Y, finalmente: «echaron de menos algunos sujetos amantes de la patria que en las notas no se hiciese mención más difusa del primer viaje que se emprendió alrededor del mundo, cuando aún no se sabía si era practicable esta empresa, cuya gloria pertenece directamente a la nación española».

Y así, efectivamente, es cómo incluye el «Resumen histórico del primer viaje alrededor del mundo» emprendido por Magallanes y culminado por Elcano en que sus fuentes de información son «nuestros escritores», pero las noticias que dan son tan «diminutas y confundidas» que habría que escribir una monografía del viaje:

Pero ante semejante rompecabezas de ridículas piezas, decidió ir más allá: «se han consultado también dos obras singulares en la materia, escritas en otro idioma y poco comunes en España. La primera es un Diario que formó Antonio Pigafetta» y cuenta que a la vuelta dejó una copia a Carlos V y otra a la reina viuda de Francia que la dio a la imprenta. La otra obra de la que se valió fue «una carta escrita por Maximiliano Transilvano» al cardenal de Salzburgo. Las dos obras, continúa Gómez Ortega, «fueron recogidas por Juan Bautista Ramusio e insertadas en el primer tomo de su *Colección de Viajes y navegaciones*», de cuya tercera edición, publicada en Venecia en 1563, declara que se había servido (las aseveraciones de Gómez Ortega no fueron del todo exactas).

Con los párrafos sueltos de los Historiadores de Indias y con estas dos obras compuso el «Resumen histórico» buscando, no tanto la calidad literaria cuanto «la ilustración de la verdad de la Historia», aunque eso sí, no pierde la ocasión para decir que en tiempos de Carlos II tenía España «dos navíos y una tartana» y que ojalá se volviera a tener una flota como la de Felipe II, objetivo que se iba a alcanzar en tiempos de Carlos III.

Las fuentes de Gómez Ortega: Gómara, Mariana, Argensola, Ferreras, Herrera, Zurita, Jorge Juan, Transilvano, Pigafetta y Fernández de Oviedo.

Por cierto: Gómez Ortega no cita a Angleria, autor en su V Década de una historia del viaje. El propio Angleria en carta de 4 de noviembre de 1522 se mostraba fascinado por lo que acaba de ocurrir: «En el transcurso de tres años una flotilla ha podido recorrer un paralelo entero, dirigiendo siempre sus proas hacia sol poniente, mientras que una de ellas ha vuelto por oriente cargada de clavo y especias y en esta travesía se ha encontrado con un día de ventaja –dos hechos que parecerán inadmisibles a los estómagos débiles–», y concluye: «preparo una cuarta Década que seguirá las tres precedentes sobre el Nuevo Mundo...»

No se puede decir que a la altura de 1769 se pudiera disponer de mucha información sobre la vida de Juan Sebastián de Elcano. Una docena de autores; pero documentos originales, ninguno.

Dicho sea de paso, que a la historia de lo patagones dedicó Pigafetta páginas y páginas, todas ellas llenas de exageraciones o noticias sorprendentes, como el contacto con los patagones, que acaso fueran selknam (tan sistemáticamente exterminados entre finales del siglo XIX y principios del XX), o a saber qué. En cualquier caso, estos fueguinos tampoco eran del tamaño representado por Gómez Ortega. Acaso la obra de Pigafetta responde a otras vicisitudes culturales¹.

Un día, cuando menos lo esperábamos, un hombre de figura gigantesca se presentó ante

¹ Con este texto cerrado ha aparecido una extraordinaria y nueva edición crítica de Pigafetta, a cargo de BORA MATEO (2020). Es la que sigo.

nosotros. Estaba sobre la arena casi desnudo, y cantaba y danzaba al mismo tiempo.

Por lo demás, como es de sobra sabido, Pigafetta no menciona ni una vez a Juan Sebastián Elcano. Por no hacerlo, no lo hace ni cuando es elegido como capitán de la *Victoria*.

A mi modo de entender a Pigafetta hay que leerlo desde dos perspectivas: desde el resabio medievalizante y desde la perspectiva humanista. En efecto, en este texto se entremezclan pasado y futuro, continuidad y cambio, permanentemente. Y, por cierto, queda una incógnita sin despejar: el desprecio, por omisión, hacia Elcano. Me llama la atención que cuando Magallanes le mandaba con algún cometido a tierra, o cuando iba con él y los compañeros, lo especifica así y habla en plural: «El capitán general y yo fuimos un día testigos de una extraña aventura...».

Por el contrario, los yoes, o los plurales indefinidos desde que Elcano es el capitán, es la norma de su redacción.

Digo que es una obra medievalizante porque antes de iniciar su viaje él está, naturalmente, anclado en una mentalidad antigua. Curiosamente, esta se va haciendo más y más moderna conforme avanza el viaje.

Sin embargo, a la altura de 1519, el deseo de aventura, innovar los conocimientos y pasar a la fama, que son tres principios básicos de aquellos viajeros, los tiene hasta en la médula. Y tal era la necesidad de alcanzar la gloria, que en Italia se enteró de que se aprestaba la flota. Presuroso se fue a Barcelona, pidió permiso para enrolarse, se trasladó por mar a Málaga y desde allí por tierra a Sevilla y empezó su odisea. Concluida y vuelto a Roma, Clemente VII le pidió una copia de sus escritos, que se la dio.

Fama, gloria, honor. En este sentido su opinión de por qué a la altura de Mozambique se continuó el viaje, a pesar de ciertas discrepancias, su opinión –digo– es sobrecogedora:

la mayor parte de la tripulación, esclava más del honor que de la propia vida decidimos esforzarnos en regresar a España cualesquiera que fuesen los peligros que tuviéramos que correr.

Su espíritu medievalizante se ve en la credulidad que da a lo que le cuentan y su despreocupación por comprobar si es verdad o no: en Tenerife, por ejemplo:

Nos contaron un fenómeno singular de esta isla, y es que en ella no llueve nunca, y que no hay ninguna fuente ni tampoco ningún río; pero que crece un gran árbol cuyas hojas destilan continuamente gotas de un agua excelente

En otro punto del océano: «Viven muchísimo tiempo; los viejos llegan ordinariamente hasta los ciento veinticinco años.»

Y más lejos aún, en China,

Yo no he visto nada de todo lo que acabo de contar; pero escribo estos detalles simplemente según el relato de un moro que me aseguró haberlo visto.
Los chinos son blancos y van vestidos...

Naturalmente, para poder entender, había que comparar con lo conocido. En este sentido el *Diario* de Colón es, desde luego, paradigmático. Pero Pigafetta no se puede quedar atrás, ni aun ninguno de nosotros cuando viajamos hoy:

Bogan con remos parecidos a las palas de nuestros panaderos.
Los hombres y las mujeres son tan recios y están tan bien conformados como nosotros. Comen algunas veces carne humana, pero solamente la de sus enemigos. No es por apetito ni por gusto

por lo que la comen.

Llevar los cabellos cortados en aureola como los frailes, pero más largos y recogidos por un cordón de algodón alrededor de la cabeza...

Mas sin embargo, es modernizador por su capacidad de poner en duda permanentemente la *auctoritas* de los clásicos, cuando su experiencia le dicta separarse de sus opiniones: «y el tiempo lluvioso duró sesenta días, contra la opinión de los antiguos».

Y no solo lo es por poner esporádicamente en duda la opinión de los antiguos, sino sobre todo por una interiorización cultural. El hombre del Renacimiento sintió una pasión obsesiva por *clasificar*. Sus saberes debían ordenarse por los temas que trataban. Nada se podía escapar de algún encasillamiento. Pero para clasificar, había que describir. Bien entendido que el espíritu medievalizante aún se deja ver en muchos párrafos modernizantes, clasificatorios.

Se clasificaron las lenguas con los diccionarios y se describieron con las gramáticas. Sería el caso de Nebrija, por poner un ejemplo muy manido, como punto de partida.

Durante el viaje entretuve lo mejor que pude al gigante patagón que llevábamos en nuestro navío, y por medio de una especie de pantomima le preguntaba el nombre patagón de muchos objetos, de manera que llegué a formar un pequeño vocabulario. Estaba ya tan acostumbrado, que apenas me veía coger la pluma y el papel, venía en seguida a decirme los nombres de los objetos que alcanzaba su vista y de las operaciones que veía hacer.

Ese vocabulario a lo mejor nació, no del humanismo del Renacimiento, sino del aburrimiento más absoluto. En cualquier caso, en la obra de Ramusio aparece ese léxico bajo el epígrafe «Parole del gigante il qual prefero il summe di san Giuliano», y añade «et pronuntiaba il tutto nella gola».

Los isleños se familiarizaron tanto con nosotros, que por este medio pudimos aprender los nombres de muchas cosas, y sobre todo de los objetos que nos rodeaban [...]. (Marzo de 1521): «los reyes de estas islas hablan muchas lenguas...

De esta manera Pigafetta recopiló. Como si un dialectólogo fuera haciendo encuestas, para preparar el Atlas Lingüístico y Etnográfico de la nao que fuera, recogió y editó 8 palabras brasileñas, 38 patagonas; 47 de la isla de Tidore.

Se clasificaron las costumbres, que se describieron. No hace falta decir que los orígenes de la antropología están en las crónicas de Indias.

Se clasificó la nueva geografía, que se describió y apuntó con todas las fascinaciones y sorpresas de las horas de sol y de luna.

Por cierto, la experiencia de atravesar el cabo de Buena Esperanza (abril-mayo de 1522) es sobrecogedora, así como la remontada del Atlántico, hasta la azarosa parada en Cabo Verde:

Nos damos cuenta de haber ganado un día. — Para ver si nuestros diarios eran exactos, preguntamos en tierra qué día era de la semana, y nos respondieron que jueves, lo cual nos sorprendió, porque según nuestros diarios estábamos a miércoles. No podíamos persuadirnos de que nos habíamos equivocado en un día, y yo menos que ninguno, porque sin interrupción y con mucho cuidado marqué en mi diario los días de la semana y la data del mes. Supimos pronto que no era erróneo nuestro cálculo, pues habiendo navegado siempre al Oeste, siguiendo el curso del Sol, al volver al mismo sitio teníamos que ganar veinticuatro horas sobre los que estuvieron quietos en un lugar; basta con reflexionar para convencerse.

Por supuesto, se clasificaron la flora y la fauna, que se describieron, participando así en lo que ya en 1967 Alberto Salas tituló el «bestiario de Indias», que con profundidad ha analizado don Juan Gil.

Durante los días serenos y calmosos, unos peces grandes a los que llaman tiburones (perros marinos) nadaban cerca de nuestro navio. Estos peces tienen varias hileras de dientes terribles, y si por desgracia encuentran un hombre en el mar, le devoran en el acto.

Aquí nos aprovisionamos abundantemente de gallinas, de patatas, de una especie de fruto parecido a la pina de pino, pero que es dulce en extremo y de un gusto exquisito.

Y dicho sea de paso, por todas partes aparece ese manual de economía en el que hay que saber diferenciar el valor y el precio de las cosas:

Hicimos también ventajosísimos cambios: por un anzuelo o por un cuchillo nos dieron cinco o seis gallinas; por un rey de oros me dieron seis gallinas, y aun se imaginaban haber hecho un magnífico negocio.

Algunas veces para conseguir un hacha o un cuchillo de cocina, nos ofrecieron por esclavas una y aun dos de sus hijas Pero no nos ofrecieron nunca a sus mujeres.

El oro abunda, como lo prueban dos sucesos de que fui testigo...

En fin, se clasificó la religión, las religiones que iban apareciendo, que se describieron también.

Estos pueblos son extremadamente crédulos y buenos, y sería fácil convertirlos al cristianismo. La casualidad hizo que concibieran por nosotros veneración y respeto. Pasó algunos días con nosotros (Islas de los Ladrones, matanza después de Mactan).

Los ejemplos son innumerables y variopintos.

Todas estas sistematizaciones del saber y más aún, la crítica a los clásicos formaban parte de unas formas de pensar comunes a todos los miembros de la república de las Letras: el hombre del XVI, acepta, asume y respeta la *auctoritas*. Sin embargo, con tanto descubrimiento geográfico, supieron abandonar la encarcelante *imitatio* y proclamaron su superioridad con respecto a los antiguos porque ellos sabían *ya* más que los romanos, o que los griegos, que Ptolomeo o que Plinio.

El hombre nuevo del Renacimiento, proclama, al principio dubitativamente, luego orgullosamente, cuánto es lo que ha aprendido, *cómo han superado sus modelos clásicos*. «Es preciso, sin embargo, perdonarles este error, puesto que ellos no han visitado estos parajes como nosotros» (enero-febrero de 1521).

Hubo algunos que no se atrevieron a llegar tan lejos, por lo que se quedaron en la *repetitio*, que a fin y a la postre vaciaría de contenidos el Humanismo.

Lo fascinante de Pigafetta es que toda su obra es un muestrario de esa dualidad cultural e intelectual. Y lo que es más: su obra se escribió en un tubo de ensayo, sin contacto con el exterior. Quiero decir que en la *Victoria*, acaso podía bajar a tierra y trabar contacto con algunos indios e indias desnudos, pero más adelante, mientras surcaban los mares hacia Buena Esperanza y más al norte, ni eso. Es decir, no tenía a la mano libros, ni gentes instruidas con las que hablar o que le transmitieran las novedades de lo que iba pasando por el mundo, por las universidades, por la ciencia.

Claro que, maldita la hora en que se metió a buscar fama, conocimientos, aventuras. La experiencia había sido, en parte aciaga:

Si Dios y su Santa Madre no nos hubiesen concedido una feliz navegación, hubiéramos todos perecido de hambre en tan vasto mar. Pienso que nadie en el porvenir se aventurará a emprender un viaje parecido.

Otro de los textos que se escribieron entonces, pero no a bordo, sino recogiendo informaciones de los héroes y de los supervivientes en general en Valladolid, fue la *Relación escrita por Maximiliano Transilvano de cómo y por quién y en qué tiempo fueron descubiertas y halladas las islas Molucas, donde es el propio nacimiento de la especiería*. Se da la circunstancia de que Transilvano era el marido de la sobrina de Cristóbal de Haro, promotor financiero de la expedición junto a la Corona. Por ello, Haro aparece en todo el párrafo III acompañando a Magallanes en todo el proceso de presentación del proyecto a Carlos I, aunque «no quiso conceder lo que Cristóbal de Haro le pedía».

Sus veinte párrafos los remitió al obispo de Salzburgo, y en 1523 aparecieron publicados ya en Colonia bajo el título *De Molucis Insuliis* y después en París y en Roma. Siguieron haciéndose copias impresas y manuscritas a lo largo del tiempo. Ramusio la incluyó también en la antología de viajes, formalmente justo delante del de Pigafetta, y en italiano.

Sin embargo, hasta 1837 no fue publicado en español por Fernández de Navarrete en su tomo IV de su *Colección de viajes y descubrimientos...* De hecho, en la actualidad, el manuscrito publicado en 1837 es el de la Real Academia de la Historia, 9/4781, manuscrito copia del siglo XVIII y traducido del latín, que es el idioma en el que se compuso el texto original, según consta en el registro catalográfico de la RAH.

Las diferencias entre el texto de Ramusio y el impreso por Navarrete, siguiendo la copia del XVIII son menores, pero del máximo interés: por ejemplo, la introducción varía, pero sobre todo cuando en la justificación Transilvano expone su método de trabajo.

Pero es que, en la traducción del siglo XVIII que sirve de base a Fernández de Navarrete, se subsana el error, o la omisión... ¡también de aquella manera!: «así del capitán de la nao que ahora volvió (que se llama Miguel del Cano) como de los otros marineros...».

La calidad del viaje ordenado hacer por Carlos V, o lo que lo diferenciaba de los de los portugueses, es que los portugueses traían solo su pimienta desde Aurea Chersonesa que venía a ser la península de Malasia desde Ptolomeo en adelante. Pero en Malaca se producía canela, clavo, nuez moscada y macis y Malaca era territorio del rey de España.

El viaje de Transilvano tiene rasgos muy interesantes, frente al de Pigafetta. Transilvano está más apegado a los clásicos. Como he dicho antes, el de Pigafetta se escribió dentro de un tubo de ensayo sin contactos externos, mientras que el de Transilvano se escribió al calor de la Corte humanística del joven Carlos V, la de Garcilaso, Boscán, Angleria, Fernández de Oviedo, Juan Ginés de Sepúlveda, Guevara y tantos más. El empezar hablando de Aurea Chersonesa es muy significativo. Pero entre sus autoridades están Erodocto, Plinio.

El texto de Transilvano vive en la ambivalencia ya comentada, entre la *imitatio*, el respeto a la *auctoritas* pero también la fascinación de superarlos porque la experiencia así lo dicta, como el orgullo de sentirse superiores a aquellos, que a fin de cuentas estaban equivocados.

Así que todo lo que los antiguos cerca de esto dijeron, se debe tener por cosa fabulosa y falsa y que como lo oyeron sin saber la verdad de ello, lo escribieron, y así han venido las semejantes fábulas y mentiras de muy antiguo, de unas manos en otras y de un autor en otro...

Y así para desdecir a Herodoto, «autor clarísimo» dice de él que afirma que «la canela se halla y coge de los nidos de las aves», en especial del nido del ave fénix, «el cual nido no sé yo si jamás lo haya persona alguna visto».

Por lo tanto, el primer discurso de Transilvano no tiene desperdicio epistemológico: el hombre del Renacimiento, allá por 1522 es capaz de superar a los clásicos en sus conocimientos, pues ellos estaban equivocados. ¡Menuda responsabilidad!

En fin: el viaje era tan admirable, que sus palabras no las puedo imitar; así como son espectaculares sus referencias a la grandeza de lo descubierto por los castellanos. Tengo en mi faldriquera de frases célebres una de Bernal Díaz del Castillo, que me la trae a colación ahora Transilvano:

Finalmente, han ahora a la postre de todo descubierto y llegado a una grandísima ciudad llamada Timixtitán [...] fundada y asentada en mitad de un grande lago, al modo y manera de la ciudad de Venecia...

Las palabras de Bernal Díaz, escritas al otro lado del mar, dicen así:

Y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha y por nivel cómo iba a Méjico, nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís [...] y algunos de nuestros soldados decían que si aquello que veían si era entresueños, y no es de maravillar que yo lo escriba aquí de esta manera, porque hay mucho que ponderar en ello que no sé cómo lo cuente: ver cosas nunca oídas, ni vistas, ni aún soñadas, como veíamos.²

Transilvano escribe recogiendo declaraciones de testigos. Luego, las ordenaría. Y así le interesa de nuevo describir a los indios, sus cuerpos, sus costumbres, sus reacciones ante el encuentro; cuenta los primeros contactos con tres gigantes, uno de los cuales acabó embarcado contra su voluntad y sería el informante de Pigafetta, pero salvo esos tres gigantes, de San Julián, donde estuvieron casi cinco meses, «nunca empero pudieron ver por aquellas costas indio alguno de aquellos gigantes...».

Por cierto, que Pigafetta no trata de las disputas entre portugueses y castellanos, o al menos no con la ‘profundidad’ que lo hace Transilvano, que hace alusión a que entre ellos, y en San Julián, se echaron en cara Aljubarrota, Toro y otras batallas. Puso Magallanes orden en los castellanos, «se ensañó mucho con ellos, y fue lleno de gran ira...», percepción que le sirve para acusar de injusto y otras cosas a Magallanes; sin embargo, la travesía del Estrecho es épica.

La comparación de lo que se fue descubriendo, con lo conocido, es también habitual en Transilvano: «les parecía estar en otro archipiélago como el que hay en el mar Mediterráneo».

La curiosidad por cómo se daba misa «al modo de nuestra España» por los naturales de Masana, forma parte del capítulo de las fascinaciones por los recíprocos encuentros.

Propio también de la retórica renacentista es el intercalar arengas (como en la pintura, con la del Basto de Tiziano) y así antes de la fatídica batalla de Mactán, Magallanes se dirige a sus hombres animándoles al combate y recordándoles las proezas de Hernán Cortes. Mas, «andando así trabada la batalla fue muerto en ella el capitán Magallanes»³.

Muy interesante también cómo se comunicaban: Magallanes hablaba a su esclavo, que sabía moluqués; el rey de Subuth tenía un criado que sabía también moluqués y se entendía con el esclavo, «así que por medio de estos dos intérpretes se entendían los nuestros con los de Subuth, hablando Magallanes a su esclavo y el esclavo al indio de Subuth y el indio a su señor». El esclavo se convirtió en un traidor contra el nuevo capitán general, Juan Serrano y por ende instigador de la matanza en aquella memorable cena de hermandad.

2 DÍAZ DEL CASTILLO (1632), de Vol. I, Cap. lxxxvii.

3 De Transilvano he manejado la edición de FERNÁNDEZ DE NAVARRETE (1837) y ahora, p. 271.

Desde la muerte de Magallanes, o la de Juan Serrano en adelante, hasta la descripción fabulosa de la conversión al Islam de los molucenses porque los mercaderes mahometanos les había convencido que ciertas aves que veían volar sin descanso procedían del Paraíso, lugar en el que habitaban las almas de los muertos, y tal historia les hizo creer desde poco tiempo acá, en la existencia del cuerpo y del alma, digo que en todo ese tiempo, no hace alusión alguna Elcano.

En fin: las gentes de las Molucas eran «muy puerca y sucia» y lo único aprovechable de aquellas tierras era que vivían en paz y las especias.

En fin el clavo se da en abundancia infinita en «Thedori, Tarante y Maithien». Hay selvas y montañas de árboles de clavo y los naturales tienen partidos entre sí los árboles, como «en estas partes están divididos y partidos los olivares y viñas». Ellos recogen el clavo y esperan a que lleguen mercaderes a comprarlo. En Bandan es donde se produce la nuez moscada, que «de la misma manera que acá vemos que nacen las nueces en los nogales, así nacen en sus árboles las nueces moscadas», y la flor moscada, que «en nuestra España llaman por más común vocablo macis»; también procede de ella el jengibre, cuya yerba es «como de azafranes».

Tal abundancia de especias les hizo lamentarse de la pérdida de tres naves. Así que en las dos que quedaban, cargaron todo lo que pudieron, «acordaron de las cargar de todas las cosas que en aquellas partes había». Y llega, de nuevo, la lección económica: «Y porque la cosa de más precio que de allí podían traer y la de que más copia las podían cargar era de clavos, que ocupan menos que otra especiería [...] cargáronlas principalmente de clavos»⁴. Y es verdad porque la documentación administrativa así lo certifica cuando se descarga la Victoria en Sevilla.

Hecha la carga, dados los buenos saludos y buenos deseos de rigor con aquellos naturales y su rey, Transilvano anota que cargaron una de aquellas aves del paraíso, la manucodiata y..., «alcancé del capitán de esta nao que las trajo y la envió a Vuestra Señoría Reverendísima» no para que se sienta protegida por el ave como creen los indios, sino para que «vea ave que nunca vio». También le envió canela, nueces moscadas, macís y clavos.

En fin que el viaje siguió, se separaron de nuevo las dos naos que quedaban, ocurrió lo de Cabo Verde, llegaron a Sevilla, escribió el Transilvano su texto y lo firmó en Valladolid a cinco de octubre de 1522.

Tampoco Transilvano citó ni una vez a Juan Sebastián de Elcano.

Tengo una buena excusa para suspender aquí mi lectura de las relaciones del viaje. Desde luego, la de Francisco Albo es exactamente un derrotero. Tampoco voy a hablar de Ginés de Mafra, que el enrolarse le costó algunos disgustos, toda vez que en 1527 Carlos V promulgó una real cédula por la que ordenaba «se abra información sobre una denuncia presentada por Ginés de Mafra acusando a su mujer de haber cometido adulterio mientras él viajaba en la Armada de la Especiería y haber malbaratado los bienes que le dejó al partir», ni voy a tratar la suculenta declaración de Jorge de Alburquerque recientemente reencontrada y editada por Tomás Mazón, aunque se tenía noticia de ella en 1936: parece que cuando se dividen la Victoria y la Trinidad, se acuerda su separación y es Elcano el que decide tomar la ruta por Buena Esperanza, mientras que los de la Trinidad querían ir a Maldiva y desde allí regresar por las rutas conocidas por los portugueses.

En fin: son varias las declaraciones y demás escritos que nos pueden dar luz, como ha ocurrido hasta ahora, de lo que aconteció en aquella monumental travesía.

Pero, por un lado, no se sabía quién fue Juan Sebastián Elcano; por otro, se sabía que existían documentos más que de sobra para poder incluso crear un archivo de la Armada...

Así que fueron los ilustrados los que se pusieron manos a la obra y empezaron a publicar, con orden y concierto, las primeras series documentales de la expedición.

⁴ Transilvano, p. 282.

Podríamos decir que al principio se trató de series administrativas, pero a partir de 1837 apareció el Juan Sebastián Elcano de carne y hueso.

Porque el Juan Sebastián de Elcano había desaparecido. Sí se sabía que era el primero en circunnavegar el Globo, pero también se confundía con un Miguel, o no se le citaba siquiera. Todo lo que se sabía de él cabía, poco más o menos, que en una lápida para una calle.

Naturalmente, llegaría el día en el que alguien pensara que se podía ir más allá. Y ese día, tras el primer esfuerzo de Casimiro Gómez Ortega llegó. Él hizo un apunte biográfico sin documentos de archivo, sobre textos publicados.

Años más tarde, un «tal» José Vargas Ponce anduvo buscando papeles –y no sólo sobre Elcano– por Guetaria. Cuando volvió a Madrid al acabar el verano de 1804 escribió que poseía ya más de 13.000 documentos en unas 50.000 páginas en folio. Tenía un monumental lío de papeles, «tengo encajonados todos mis papeles»⁵, no obstante lo cual aspiraba a seguir redactando tres trascendentales biografías sobre Colón, Magallanes y Elcano. Este «tal» Vargas Ponce había sido desterrado de Madrid por Godoy. Desde mayo de 1800 a febrero de 1804 estuvo en las Vascongadas «con la comisión de registrar sus archivos y seguir el acopio de documentos para la historia naval». Se estableció en San Sebastián en septiembre de 1800. De esta manera seguía su ajetreada vida, perseguido por el valido, apoyado por Jovellanos y los ilustrados de la etapa final del reinado de Carlos IV, que con tanto acierto han descrito Juan Manuel Abascal y Rosario Cebrián. Desde diciembre de 1798 a mayo de 1800 recorrió Valencia y Cataluña. En marzo de 1799 pasó unos días en casa de un Sanz Barutell, mientras vaciaba archivos para redactar su *Historia de la Marina*. A la vez, transcribía la riqueza epigráfica de Tarragona, o mandaba a Martín Fernández de Navarrete su *Los hijosdalgo de Asturias*, pidiéndole su opinión sobre el texto.

Aunque su deseo era volver a Madrid, sus amigos no lograron que se le levantara el extrañamiento. Eso sí, se le permitió ir a Navarra y al País Vasco. El marino recibió autorización para cambiar de destino en abril de 1800. Antes de abandonar Cataluña había preparado ya sendos escritos sobre Ambrosio de Morales y los historiadores generales de España. El primero de los dos escritos lo presentó a los premios de la RAE en 1801.

Como digo, en septiembre de 1800 empezó a trabajar en San Sebastián y hasta 1803, que estuvo en Guipúzcoa, visitó ni más ni menos que 117 archivos y copió papeles hasta cubrir 22 volúmenes. Toda su colección documental consta de 284 volúmenes en folio. Como estaba sin comisión oficial, pagaba de su bolsillo las copias de los documentos. Tenía depositadas en Fernández de Navarrete toda su confianza en que este lograría que pudiera volver a Madrid. Como no lo lograra, la amistad entre ambos se resintió. Al ver que su estancia en San Sebastián se iba a prolongar, optó por dedicarse al estudio de la historia vasca.

En la primavera de 1802 se estableció en Tolosa. Fue entonces cuando tuvo un accidente ecuestre y tuvo que quedarse inmovilizado en su casa. Este episodio, aderezado con la visita que quiso girar al abad de Aránzazu y que hubo de suspender, sirvió, sin embargo para que Vargas pusiera en contacto a un buen amigo, Ceán Bermúdez, con el monje que pasaba por ser un sabio de la historia del arte vasco.

Tras un efímero paso por San Sebastián, se trasladó a Guetaria, en donde sin ayuda de nadie estuvo copiando documentos durante todo el verano de 1802. Escribió a Ceán Bermúdez: «los inmensos tesoros escondidos que voy desenterrando de estas montañas...» y «mis ojos no se cansan de llorar sobre las miserias humanas». A partir de septiembre de 1802 Ceán Bermúdez se convirtió en su gran amigo y confidente.

⁵ Según carta desde Madrid a 18 de septiembre de 1804 de Vargas a Ceán. en ABASCAL y CEBRIÁN (2010), p. 122.

Puedo, pues, muy a mi pesar suspender las idas y venidas, esperanzas y frustraciones de Vargas Ponce por Vascongadas en una estancia frenética y más admirable aún, porque andaba asmático.

Como digo, mantuvo intensa correspondencia con un archivero de Indias, Juan Agustín Ceán Bermúdez, al que se le conoce fundamentalmente por sus escritos de Historia del Arte o sus prosopografías de nuestros artistas. Pero eso no fue todo: Ceán Bermúdez había sido destinado a Sevilla en 1791, con un cometido: poner en orden los papeles que desde Simancas se habían mandado para hacer el archivo de Indias (1785).

En este mismo ambiente de patriotismo cultural, en 1789 se había constituido una comisión real para formar una «Biblioteca de la Ciencia Naval». Esa comisión la formaban tres personajes: Martín Fernández de Navarrete, José Sanz Barrutell y José Vargas Ponce.

Desde entonces no han dejado de publicarse nuevos documentos ;como hoy hace don Mariano Gambín García!), o se han copiado los existentes, hasta conseguirse el acervo documental que estimo en unos 320.

De lo último que tengo noticia es de la declaración de un grumete, Ayamonte, hecha en la India, sobre los avatares de la Armada; claro que no es menos interesante la compra por el Estado español en 2014 de un duplicado de la carta, interesante y fascinante carta para la Historia de la Humanidad, en que Elcano comunica al Emperador que han vuelto 18 supervivientes tras haber dado la vuelta al mundo, como así fue.

De todo ello, en su día, y hasta donde pudo hacerlo porque todo diario es siempre incompleto, selectivo y fragmentario, me dio noticia Lorenzo de Buenaventura ese personaje por mi creado y que fue el autor de mi biografía de Elcano.

BIBLIOGRAFÍA

- ABASCAL, J.M. y CEBRIÁN, R. (2010). *José Vargas Ponce (1760-1821) en la Real Academia de la Historia*, Madrid.
- BORAO MATEO, J.E. (2020). *Primer viaje alrededor del mundo. Antonio Pigafetta*, según la traducción de José Toribio Medina. Zaragoza: Institución Fernando el Católico.
- DÍAZ DEL CASTILLO, B. (1632). *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*.
- FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, P. (1837). *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde finales del siglo XV con varios documentos inéditos...*, vol. IV, «Expediciones al Maluco. Viaje de Magallanes y de Elcano», Madrid.